

que canta su divinidad y por el colegio de viles sacerdotes que le ofrecen vistosos sacrificios sobre las mesas del festin donde las copas son de esmeraldas, donde los granos de las perlas se confunden con los granos del arroz, donde corre el vino y el placer á torrentes, mientras las bailarinas gaditanas danzan á un lado al son de las castañuelas y al otro lado pelean y mueren los gladiadores tracios al hurra y al clamoreo de los asistentes. Y decir que todo esto lo hacia un monje mendicante, un franciscano que habia hecho voto de castidad y de pobreza, un discípulo de aquel San Francisco que dejaba al cuidado de los elementos su propia comida y que departia con las aves del cielo y con las fieras del bosque para prestarles su propia pureza y moverlas como su propio corazon al amor divino. Si álguien pudiera dudar de la necesidad en que la Iglesia se hallaba de una reforma, no tiene mas que abrir estos libros y ojearlos para persuadirse á creer en la inminencia de una medida que evitase á toda costa y á toda prisa la revolucion.

La historia augusta no cuenta cosas como estas. Baste decir que Riario, el cual comenzaba ya, á pesar de tener tan solo veintiocho años, á intrigar para alzarse con el Pontificado, derritió en tales fiestas la tiara de Sixto IV; gastó los tesoros allegados por las ventas sacrílegas y las simonías escandalosas, dejando deudas increíbles al morir exhausto y consumido en edad temprana, tras cuatro años de orgías. ¿Cómo era posible que inspirase respeto institucion sumida en semejantes vicios? ¿Cómo era posible que los peregrinos, impulsados por los últimos restos de la devocion antigua, é idos á Roma al reclamo del jubileo, no contasen á su familia y en su hogar todos estos escándalos, á cuyo relato la idea católica se iba apagando y la viva fe se iba extinguiendo en los ánimos? Gentes salidas de sus tierras, á pié, despues de largas jornadas, despues de atravesar los montes que guarecen á la inmortal Italia, expuestas á las bandas de asesinos y ladrones que engendraban las guerras continuas y la anarquía feudal, léjos de encontrar la piedad, la religion, la virtud, el calor para el alma que iban desaladamente buscando, encontraban, aquí un teatro, allí un festin, acullá una orgía. Pues en el jubileo de 1475, en tan sacratísima fiesta, reuniéronse cien mil almas en la plaza Navona, y no para una procesion ó para un rezo, para un torneo, en el cual se disputaron el premio borgoñones, catalanes é italianos en militares juegos.

Ya puede comprender y explicar quién haya seguido hasta aquí la vida de Savonarola de qué suerte llegarían las noticias de todos estos sucesos á un ánimo como el ánimo de Savonarola embebido en la contemplacion de las cosas eternas hasta el éxtasis y acostumbrado á la práctica de las virtudes monásticas hasta el ascetismo. Así el pensamiento de la reforma eclesiástica surgia á cada paso en su mente y arraigaba en su vida como surgen y arraigan ideales en consonancia con las facultades y las inclinaciones de quien lo acaricia en sus ensueños y pugna por cumplirlo en su existencia. El método de reforma, que concibiera, estaba apropiado á los procedimientos empleados por la misma naturaleza. Antes de predicar la reforma á los demás, empezaba por reformarse á sí mismo. Despues de reformarse á sí mismo, reformaba su propia comunidad, y para reformar su propia comunidad, empezaba por los jóvenes novicios, menos pervertidos que los viejos, y mas dispuestos á recibir en la exaltacion de sus almas las semillas de todas las puras creencias y de todas las humanas virtudes.

No hay que olvidarlo; todos los esfuerzos del monje se encaminan á un objeto único, al objeto de conseguir la reforma. Para ello el mundo se le aparece entre sombras espesas, bajo las cuales ha erigido el mal, eterno como un Dios omnipotente, su tenebrosísimo trono. A no dudarlo, cada período del tiempo se aparece á los ojos de aquel que lo vive, como el peor y el mas pervertido de los períodos históricos. Brota el mal en cada una de las particularidades y minucias de la vida; y el bien, como infinito, solo está en el divino conjunto y en la universalidad de las cosas. Ninguno de los espíritus superiores ha dejado de dolerse del tiempo presente; porque si la vida resulta para todos los séres humanos acerba cosa, resulta mucho mas para los séres de verdadera superioridad ó en la inteligencia ó en el corazon. Savonarola, triste por los desengaños del amor; triste por los sacrificios ofrecidos á la vida monástica; triste por la comparacion necesaria entre los ideales del alma y la realidad de la vida; Savonarola debia sentir toda la hiel de su tiempo refluendo en los espacios de su corazon apenado. No cabe duda, pues, que el mundo pasaba hasta su inteligencia por el cristal oscuro de su dolor y que el misticismo natural á su alma le daba cierta tendencia pesimista y cierta ictericia moral que obligan muchas veces á desconfiar de la completa exactitud

de sus severos juicios. Pero, indudablemente, mantenido hasta entonces el espíritu humano por la pura idealidad católica, y pervertida esta idealidad por la mezcla con los vicios terrestres, necesitándose una reforma pronta y no viniendo cual la demandaba la necesidad; como, en todas las épocas de crisis, en que un gran bien se malogra y un gran mejoramiento se frustra, el mundo habia llegado á dar en una perversión irremediable y en una angustiosa decadencia moral. Lo único que salva en verdad á este memorable siglo es, que la decadencia no alcanza, ni á todas las manifestaciones de la vida, ni á todas las facultades del hombre. En medio de aquella perversión, que dañaba principalmente á la cabeza de la cristiandad, es decir, al Pontificado, el mundo crece como no ha crecido nunca; la imprenta surge de los subterráneos de una iglesia; la América eleva sus virgíneas selvas entre los mares; la antigua alma helénica aviva legiones de artistas parecidos á legiones de ángeles; las estatuas levantan sus cabezas esféricas entre las ruinas como para divinizar el cuerpo humano; los cuadros revisten colores y presentan figuras que dan al mundo el aire primaveral de una gran florecencia; y mientras la tierra se completa por las navegaciones de los nuevos argonautas, el sol se fija en el centro de las esferas y el cielo manda para iluminar la conciencia sus mas preciosos y sus mas recónditos secretos. Si la vida moral se hubiera ensanchado como se ensanchaba la vida científica y artística; si el hombre hubiera crecido en el bien como crecía en el conocimiento de la verdad y en la expresion de las mas sublimes inspiraciones; fuera esta edad una de las mas perfectas de la historia moderna, como es quizá hasta el día la mas artística, la mas reveladora y la mas bella.

Pero claudicaba por el lado moral, disminuyendo y bajando rápidamente en su seno la conciencia religiosa. Así no es mucho que Savonarola, empeñado en el mejoramiento de aquella angustiosa situación moral, vea por doquier prelados indiferentes á la suerte de los fieles, clérigos derrochadores de los bienes de la Iglesia, religiosos dados á todos los excesos, madres mal criadoras de sus pequeñuelos, príncipes tiranos de sus pueblos, predicadores gárrulos y vacíos, ciudadanos sin mas patria que el interés propio y sin mas fin que el vicioso lucro, damas consagradas á la vanidad, campesinos duchos en el robo, soldados blasfemadores y homicidas, conciencias en

cuyos abismos la idea de Dios se apagaba para descubrirse tan solo una triste y miserable astrología enteramente fundada en la superstición y creída de que solo puede regirse el mundo por la fatalidad y solo puede encontrarse el bien por un acaso. El Pontificado mismo, no obstante su oposición á las reformas, convenia en la necesidad de reformar, cuando promulgaba la célebre constitucion de Pio II, por la que se prohibía á los clérigos el tener carnicerías, posadas, burdeles, casas de juego y consagrarse como se consagraban con tanta frecuencia á la alcahuetería.

En presencia de esto, nadie puede desconocer que el ministerio de Savonarola tenia una razón superior, y que en cumplirlo y practicarlo desinteresadamente, estribaba, no solo el brillo de su persona, sino también la salud del mundo. Así puede decirse que aquel monje extraño, en el cual se reunían como en perfecta síntesis todos los contrarios, místico y político, artista é iconoclasta, asceta y mezclado al mundo, orador sagrado y tribuno republicano, audaz y prudente, sincero y astuto, inspirado y calculador, lleno de elocuencia y fuerte y vigoroso en sus raciocinios, de arrebatos líricos y de argumentos sólidos, valeroso en los conflictos, sesudo en los consejos, exaltado en las pasiones, moderadísimo en toda resolución, personificaba, como acaso no ha personificado ningún otro hombre en la historia, el remedio necesario á todos los males de su tiempo.

Contra estos pastores que llevaban la oveja á la boca del lobo, contra estos obispos de cabellera perfumada y de bolsa repletísima, contra estos cardenales rodeados de tapices, tendidos en cojines, con tantos perros y caballos como los señores feudales, contra estos clérigos que no van á maitines porque para ir á maitines se madruga y que van á vísperas porque en vísperas se llega á la distribución de las congruas, contra estos mercaderes de beneficios eclesiásticos, vendedores de los divinos sacramentos, compradores de las conciencias, amigos de todas las comadres, que disfrazan las prostitutas de monaguillos para tenerlas junto á sí en el coro, contra todas estas maldades solo encuentra un remedio, la reforma de las costumbres individuales como principio á la reforma de la Iglesia. Así aconsejaba que, lejos de erigir monasterios espléndidos, los erigiesen austeros, de piedra y madera, sin ningún adorno, alejados del mundo y reclusos en selvas, donde á través del culto de la naturaleza se

podiese prestar el culto á Dios. Daba, pues, de mano á todo lo supérfluo, se vestía de burdo sayal y se alimentaba con lo estrictamente necesario. Pareciéndole poco severas aun las reglas de su órden, agravábalas con mayores austeridades. Ora suprimía las iluminaciones en los libros de coro y los metales preciosos porque el corazon humano es mas acepto á Dios que todas las preciosidades del mundo; ora prescribía por todo lecho un jergon, por toda cubierta una manta; ora prohibía que se tuviesen por mucho tiempo los objetos necesarios á la vida para que el fraile no se ligase demasiado á las cosas terrestres. En lo pintoresco de su lenguaje, en lo sencillo y candoroso de su predicacion, comparaba el alma del monje, tal como él la entendía, al asno que se deja cargar todo el peso que quieren cargarle y que se deja golpear con toda suerte de golpes y no chista nunca. Cuatro horas dormía. Para vencer su naturaleza delicadísima, limpiaba los sitios mas inmundos del monasterio. Todos los días iba con sus novicios á algun lugar retirado, donde, despues de haber cumplido las devociones diarias, impuestas por la liturgia, departían á una sobre Dios y sus atributos. En seguida daban largo paseo; y cuando sentían fatiga ó cansancio, sentábanse á la sombra de los árboles; y uno leía la vida de cualquier bienaventurado, otro predicaba las excelencias de la virtud, y todos despues cantaban en coro suavísimos laudes á Cristo y á su Madre. Cogía Savonarola en sus paseos ramas de higuera, á las cuales sacaba el blanco corazon, y tallando en él diminutas palomas, las regalaba á los suyos, para que tuviesen presente siempre el candor, la pureza, la bondad, la inocencia de este simbólico animal. Por la tarde, al ponerse el sol, fijaban los ojos en el ocaso y al ocaso tendían las manos; entonando en coro religiosos himnos á la solemne y triste muerte del día. Despues, hablaba á los suyos en tales términos de la vida del Salvador, de las verdades del Evangelio, de las promesas eternas, de los goces anejos á la virtud, del paraíso oculto entre los resplandores del cielo, que cuantos le escuchaban y le veían, tornábanse como ángeles puros, revestidos por un momento de la frágil vestidura de nuestras pobres carnes. En vez de correr tras los placeres de la vida, abismábase en la contemplacion serena de la muerte. Como acontece á todas las almas superiores, veía en este abismo insondable del no ser la cuna verdadera de su vida, y el principio misterioso de su inmortalidad. Llevaba siempre



SAVONAROLA ORANDO EN SU CELDA